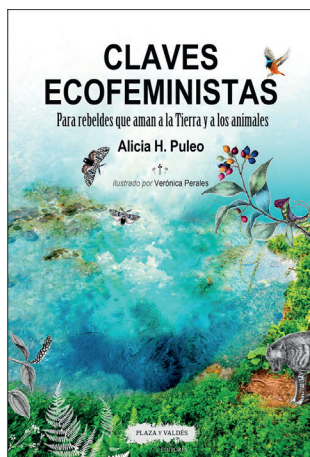


# Claves ecofeministas para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales

ALICIA H. PULEO  
(ilustrado por Verónica Perales)

Plaza y Valdés Editores, Madrid 2019.  
163 páginas. PVP: 11,40€



Alicia H. Puleo (Buenos Aires 1952) es filósofa, profesora y escritora. Sus ensayos sobre ecofeminismo han sido publicados en numerosos países de América y Europa, y sus planteamientos asumidos como base teórica por la Red Ecofeminista creada en Madrid en el año 2012. Entre sus libros destacan *La filosofía contemporánea desde una perspectiva no androcéntrica* (1992) o *Ecofeminismo para otro mundo posible* (2011). Actualmente es profesora de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Valladolid. Forma parte del Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid y, desde 2014, dirige la colección Feminismos de la Editorial Cátedra.

Frente al desprecio platónico del cuerpo y del mundo terrenal, que marcó tan fuertemente al pensamiento occidental, la filosofía epicúrea destacó por su invitación a admirar la belleza y perfección de la Naturaleza. En esta misma línea, con su teoría ecofeminista Alicia H. Puleo busca cuestionar el presente y encaminar la sociedad hacia un futuro digno, creando un espacio de igualdad entre los sexos, sin explotación humana o animal y donde la diversidad no sea motivo de opresión: lo que ella llama

el Jardín-huerto ecofeminista. Este Jardín pretende liberarse del sesgo androcéntrico, el punto de vista patriarcal que hace del varón y de su experiencia la medida de todas las cosas, a la vez que se libera también del antropocentrismo, la creencia de que solo lo humano tiene valor, despreciando a los animales y al resto de la Naturaleza.

Cabe situar el surgimiento del ecofeminismo en los años sesenta, por una conjunción de factores de orden social e intelectual entre los cuales destacó el impacto de importantes pensadoras y activistas feministas que mostraron interés por la ciencia de la ecología y que realizaron estudios antropológicos sobre la relación entre las mujeres y la naturaleza. Interrogándose sobre la causa de la subordinación universal de las mujeres, la antropóloga Sherry Ortner de la Universidad de California (UCLA) publicó en 1972 un artículo en el que mostró evidencias empíricas de que en el imaginario de las diferentes culturas humanas se asociaba la figura de la Mujer a la Naturaleza (“Is female to male as nature is to culture?”). Sostuvo que, puesto que la cultura es considerada por todos los pueblos superior a la naturaleza, el estatus degradado de esta última se extendía al conjunto de las mujeres.

Con este punto de partida para la teoría, se mostró más adelante que uno de los mecanismos de legitimación del patriarcado fue definir la esencia femenina como la Alteridad (del latín *alter*: otro) frente a lo propiamente humano: la Razón, Mente, Espíritu y Cultura, lo asociado a la esencia masculina. De este modo, la conceptualización de la mujer bajo las nociones de Naturaleza, cuerpo y sexualidad ha contribuido a perpetuar su dominación. Los hombres, en cambio, autodefinidos como seres duales (por ejemplo entre mente y cuerpo, cultura y naturaleza), han podido gozar de la sexualidad con libertad ya que no han sido reducidos a ella. Desde su propuesta de ecofeminismo crítico, con raíces en la Ilustración, Puleo deja claro que insistir en la figura de la mujer-madre-naturaleza, como han hecho repetidamente algunas ramas del ecofeminismo, puede significar un retroceso con respecto al principio feminista de la maternidad como opción libre y personal.

Y es que muchas teorías ecofeministas guardan un extraño silencio al respecto de temas como la anticoncepción o el aborto, a pesar de que el origen de esta corriente del feminismo estuvo estrechamente ligada a la preocupación ecologista de los años sesenta sobre el crecimiento descontrolado de la población mundial y la imposibilidad material de una expansión económica indefinida. Puleo propone cierto giro en el planteamiento ecofeminista: ella defiende un ecofeminismo crítico que, siguiendo las ideas del neomalthusianismo de inspiración anarquista y feminista (que, nacido en el siglo XX, reinterpreto las tesis de Thomas Malthus promoviendo el derecho al aborto y el uso de métodos anticonceptivos como una forma de resistencia obrera frente a la explotación), defienda el derecho a la anticoncepción y a la interrupción voluntaria del embarazo.

El Jardín-huerto epicúreo y ecofeminista donde Puleo sintetiza sus ideas analiza el origen del androcentrismo y del antropocentrismo de los que pretende liberarse en términos del concepto de compasión. Para la autora, el problema es claro: la compasión, una virtud propia de la ética del cuidado, ha sido devaluada seguramente porque tiene género. Históricamente la compasión ha sido una actitud y virtud femenina, no porque los hombres no puedan desarrollarla, sino porque estas actitudes no forman parte del modelo viril que se ofrece a los jóvenes. Haber convertido a los animales en desdichadas máquinas de producir carne implica, evidentemente, una mirada sin compasión. Para Puleo, pues, la posibilidad de instaurar el Jardín-huerto ecofeminista no radica en caer en un *discurso del elogio* que haga de las mujeres las abnegadas salvadoras del ecosistema, sino en reconocer como sumamente valiosas las actitudes y conductas de la empatía y del cuidado, enseñarlas desde la infancia también a los varones y aplicarlas más allá de nuestra especie, a los animales y a la Tierra en su conjunto.

Por otra parte, la autora defiende el diálogo y el aprendizaje intercultural como método de comparación y autocrítica, no enfocándose en fines colonizadores, sino como un auténtico impulso emancipatorio intercultural de la humanidad. A pesar de ello, puesto que todas las culturas son injustas con las mujeres y los animales no humanos, defiende unos criterios mínimos de comparación: los derechos humanos, la sostenibilidad y el trato dado a los animales.

Los puntos de convergencia entre feminismo y ecologismo que Puleo destaca obedecen a razones prácticas, como por ejemplo el hecho de que ciertas formas de contaminación perjudican más la salud de las mujeres que la de los varones o la constatación de que el número de mujeres que demuestran interés hacia el cuidado de la naturaleza y la defensa de los animales es mayor que el de los hombres. Pero también obedece a razones más teóricas: ya Mary Wollstonecraft, en su *Vindication of the Rights of Women*, afirmó que los niños que se divertían atormentando a algún animal se convertían más tarde en adultos que ejercían tiranía doméstica sobre esposas, hijos y servidores, mostrando la relación entre especismo y sexismo, una masculinidad patriarcal que carece de sensibilidad y rechaza los valores del cuidado.

A lo largo de la historia, numerosos pensadores como Aristóteles y Epicuro han valorado la amistad como una de las principales fuentes de felicidad entre las personas. Aun así siempre se ha excluido a los animales de estos lazos, puesto que el mundo tal y como está construido los tacha de seres inferiores a los humanos. Enfrentándose a este prejuicio, en 1970 Richard Ryder forjó el término *speciesism* para referirse al prejuicio de especie que lleva a no incluir a los animales en la comunidad moral (como seres dignos de consideración moral) a pesar de tratarse de seres capaces de sufrir.

La autora, recogiendo las tesis de Ryder, plantea la existencia histórica de dos posibles visiones de la igualdad de género. La primera, androcéntrica, propone la inclusión de las mujeres en el modelo patriarcal abandonando la conexión emocional, la empatía, los valores del cuidado y la compasión. La segunda, fruto de la conciencia ecofeminista y animalista, propone el desarrollo de esta conexión y esos valores por parte de todos los seres humanos, independientemente de su género/sexo. Es aquí donde nacen los lazos entre feminismo y ecologismo; las feministas son conscientes de la injusticia que se les inflige en un sistema patriarcal por el hecho de ser mujeres pero también deben serlo de la injusticia y opresión que reciben los animales, puesto que, tal y como afirma Puleo, “ser conscientes de una injusticia no quiere decir serlo de todas”. El ecofeminismo analiza la conexión entre la dominación de las mujeres y la de los animales no humanos: algunas sufragistas fueron verdaderas pioneras del ecofeminismo al considerar a mujeres y animales víctimas de la violencia patriarcal. Y es que, tal y como señala la autora, en el caso de los animales la cosificación se ve reflejada en las leyes de todos los países, del mismo modo que la violencia que sufren también se ve reflejada en la utilización de cadáveres como símbolo de poder, advertencia y amenaza. El ecofeminismo, en su aplicación a los animales no humanos, parece tener dos vertientes: la defendida por la autora que coincide con el objetivo animalista de dar voz a quienes no tienen voz, y la ecocéntrica, una perspectiva ética en la que importa sobre todo la preservación de los ecosistemas. No obstante, ambas ramas coinciden en la llamada a la superación de la violencia contra la naturaleza humana y no humana.

Aún nos quedan múltiples asignaturas pendientes en cuanto a la igualdad: una violencia de género que no cesa y que se reproduce, un peso creciente de las tareas del cuidado que recaen sobre las mujeres (a causa de recortes al Estado del bienestar), la brecha salarial y un paro que probablemente aumente con la robotización. Además, sabemos que la futura crisis ecológica traerá aún mayores desequilibrios económicos y sociales.

Por todo ello, precisamos más que nunca de un pensamiento crítico y constructivo, un pensamiento que vaya más allá del cálculo cortoplacista del beneficio monetario. En el pasado, el pensamiento crítico nos ha ayudado a dejar atrás situaciones de esclavitud, discriminación, ignorancia, desconcierto e injusticia. El ecofeminismo crítico que propone Puleo supone una decisiva aportación a este pensamiento crítico: abre la puerta a dejar atrás la actual situación de dominación e injusticia, propone una visión amplia y conciliadora entre animales humanos y no humanos, muestra cómo avanzar hacia un mundo más justo a través del diálogo y el aprendizaje cultural, abraza los valores de compasión y empatía, la igualdad entre los sexos y la abolición de la explotación humana o animal, prescinde de la violencia y valora la diversidad.

ALBA RODRÍGUEZ, CAMILLA DE MAS Y JOEL JUVANY